

## ESTUDIOS RECREATIVOS.



Enrique el cazador y su amigo en los montes de Jadraque.

## EL CORREGIDOR DE JADRAQUE.

6

## UN AMIGO DE DON ENRIQUE II DE CASTILLA.

A mediados de noviembre y á la entrada de la noche, un caballero lleno de lodo, y arrastrándose penosamente en una especie de vereda inundada por las lluvias, llegó al pueblo de Jadraque. Su primer cuidado fué buscar con inquietos ojos una casa que pudiese recibirle á él y á su caballo jadeantes de fatiga, pero no divisando sino tres ó cuatro casas medio dismanteladas, dirigióse á un anciano que el ruido de su caballo había hecho salir á la puerta, y le preguntó si estaba muy lejos de allí Sigüenza.

—No podeis llegar antes de tres horas, respondió éste, porque el camino es malo, y peor con el tiempo que hace.

—Pero, dijo el caballero mirando con terror el campo que á cada instante estaba mas oscuro, como si estuviere de acuerdo con la lluvia y la noche, ¿y no hay aquí alguna posada ó venta donde pueda uno albergarse por su dinero?

—No, señor; el país está demasiado pobre.

SEGUNDA SERIE.—1855.

—Malditos sean los que así le arruinan; pero ¡vive Dios! que yo no puedo quedarme fuera de este pueblo. Es preciso que me encuentres donde estar á cubierto y dormir esta noche.

—No tenemos aquí mas que un hombre que pueda alojarnos, si quiere.

—¿Cómo si quiere? ¡Vive Dios, que me batiré con el puebl'o!

—Es Rodriguez.

—¡Hola! pronto; llévame á su casa.

A este mandato, hecho con un tono que no admitia réplica, tuvo que obedecerle el anciano, y al cabo de algunos instantes el forastero paraba delante de una casa, cuya apariencia, aunque modesta, anunciaba comodidades. Dió una blanca de Castilla á su guia, metió su caballo en la cuadra, y al momento abrió la puerta. Entró sin ceremonia en un cuarto donde en una chimenea ardian unos troncos, y despues de haberse posesionado del fuego, dijo á una jóven asombrada con su presencia:

—No os incomodeis, señora, y continuad los preparativos de vuestra cena. Soy uno de los oficiales de don Enrique, que me he perdido hoy en la caza, y vengo á pedir os hospitalidad.

AÑO XIII. 20.



La joven, que el huésped había notado ya era muy linda, manifestaba ruborizándose algunas dudas sobre las intenciones de su marido, cuando abriéndose bruscamente la puerta del cuarto apareció el dueño de la casa.

Era un hombre como de unos cuarenta y cinco años, bastante alto; su fisonomía denotaba claramente un carácter de franqueza y de inteligencia bastante raros en la clase tan humillada entonces de los aldeanos. Chocóle al oficial, cuando éste vió que se detuvo con un movimiento de sorpresa, que tal vez no estaba esento de disgusto, y después de haber escuchado la rápida explicación de su mujer, dijo poniendo sobre una mesa su arcabúz:

—Vamos, vamos, muy bien; salgo esta mañana siendo amo de mi casa, y al volver encuentro ocupado mi lugar, tomado mi sillón y puesta mi mesa para otro. Decidme, amigo, yo no os niego mi casa, porque con el tiempo que hace no echaría de ella ni á un alcahalero; pero si pudiérais dejarme ver el fuego, os lo agradecería verdaderamente mucho.

—Es muy justo, respondió el oficial, sobre todo si venís tan mojado como yo.

—En efecto, estais calado de agua, observó Rodriguez. Muger: ropa, vestidos para los dos. Casi somos de la misma estatura, y ya veis, una camisa blanca, bien seca, vale mas que una ropilla por bella que sea cuando está empapada.

—Ya lo creo, vive Dios! estaba aqui como en medio de un estanque!

—¿Habeis hecho mal en no haber hablado antes!

Cambiaron de vestidos al lado del fuego, y cuando el pretendido oficial de don Enrique se hubo endosado unos calzones de lana, un gaban de cuero y un vestido de Rodriguez, y aceptado un sombrero que llevaba éste los domingos, no hubo linea de demarcación entre aquellos dos hombres. Hubiérase dicho que se conocían hacia veinte años cuando se pusieron á la mesa. La cena era buena; además de carne asada, que exhalaba un succulento humo, tenían dos gallinas y un pedazo de venado, que aunque tapado cuidadosamente trascendía su olor; así nuestro oficial y Rodriguez con hambre igual se pusieron á atacar á los platos con tal vigor, que no hablaron en mucho tiempo una sola palabra. Después que el hambre dió lugar á la sed, y que no hubo sobre la mesa sino el pedazo de venado, Rodriguez, respirando con fuerza alargó á su huésped un vaso lleno de rancio vino, y bebiendo á su salud:

—Ea, buen amigo, exclamó, ¿cómo estais ahora?

—Por Santiago! tan bien como puede estarlo el mejor hombre.

—Y de todo esto ¿qué pensais? continuó Rodriguez indicando con el ojo el trozo del venado.

—Vive Dios! pienso que no estará malo.

—No, lo que yo pregunto es otra cosa. Habeis dicho que érais cazador. ¿Conoceis esta caza?

—Es un venado, apostaría.

—Y ganaríais, buen hombre; un venado soberbio que he matado aqui cerca ayer por la noche.

—He aqui por lo que no hemos encontrado nada hoy. Sois atrevido, señor Rodriguez.

—¿Os gustaria mas que el venado estuviese aun corriendo por el bosque?

—No digo yo eso, replicó el oficial, pero cazar en vuestra condicion es cosa peligrosa.

—¡Vál! No estamos aqui en las tierras del rey de Castilla, que hace ahorcar á un hombre por una perdiz. El territorio de Sigüenza es libre; es del señorío de su obispo, y bien mirado ¡qué diablos! si un buen aldeano no hace mal á nadie, no importa que de cuando en cuando mate un venado en sus bosques. Además, probad este vino.

—¡Escelente! Rodriguez, es mejor que el vino de Navarra. Volvamos otra vez; vaya otro trago.

Tantos echaron, y tantas botellas se sucedieron las unas á las otras, que sus cerebros se acalararon, y entonces Rodriguez en este estado tuteaba á todo el mundo. Volvió á traer la conversacion sobre el rey de Castilla don Pedro y su hermano don Enrique.

—Es una vergüenza, gritaba, una vergüenza indigna de un cristiano prohibir á los pobres coger un poco de caza que Dios les envía, cuando los dos talan los campos con sus disensiones haciéndose la guerra, y sembrando el luto. ¡Cruel el don Pedro, ambicioso el don Enrique!

—Rodriguez, replicó el oficial, ¿os olvidais con quién estais hablando, amigo mio?

—Calla, si quieres que bebamos en paz.

—¿Cómo? Está eso bueno, respondió el otro riendo á carcajadas. ¿No podré yo defender al rey de Castilla, ó á su hermano?

—No.

—¿Y qué tienes tú que decir contra él por que mantenga sus derechos?

—Tengo que decir mil cosas. Es un rebelde; es un hombre que corre tras todas las mugeres; y á propósito de eso, amigo, no mires así la mía, si quieres acostarte en esta casa.

—Dejémonos de eso, señor Rodriguez, no me gusta oír hablar mal de don Enrique, ni aun con motivo. Es mejor que don Pedro.

—¿Estás á su servicio?

—Si, dijo el oficial; casi nunca le dejo.

—¡Ja! ¡ja! ¿y cuál es tu empleo en su casa? replicó Rodriguez llenándole el vaso de vino.

—Soy su primer escudero.

Miró Rodriguez el gaban y las calzas de piel de búfalo que estaban secándose al lado de la chimenea, y viéndolas destrozadas y llenas de agujeros en muchas partes, meneó la cabeza.

—No; dijo, bebe este vaso de vino y habla sin mentir. ¿Quién eres?

—Rodriguez, yo no quiero engañarte; soy el mas poderoso de sus cortesanos.

—Dicen que el vino hace decir la verdad, replicó éste llenando de nuevo su vaso, y teniendo siempre los ojos fijos sobre los vestidos. ¿Dime, quién eres?

—Pues te lo diré, ya que lo quieres. Rodriguez, amigo mio, soy el mismo don Enrique de Trastámara, el que será, Dios mediante, rey.

—¡Muger! gritó Rodriguez, quita estas botellas; y tú, pobre hombre, vete á dormir. Si tomas todavía un vaso mas serás Jesucristo, ó el Padre Eterno. Vaya, buenas noches.

En vano se esforzaba el caballero en probar que era Enrique de Trastámara, y que venía á una cacería á los montes de Sigüenza. A cada una de estas afirmaciones reía á carcajadas Rodriguez, empujándole hacia el cuarto que le habían preparado, en donde por mas seguridad lo dejó encerrado con llave.



A la mañana siguiente no quiso dejarle marchar sino despues de haber tomado un abundante almuerzo, y despues de haberle enseñado con todo el orgullo de un propietario sus campos, sus viñas y una parte de sus olivares. Este, que no parecia acordarse de la orgía de la víspera, le dijo estrechándole cordialmente la mano y echando una mirada sobre el bien acomodado dueño de aquella casa, donde habia encontrado una acogida tan franca y un sueño tan tranquilo:

—Adios, Rodriguez, te doy gracias por la hospitalidad que me has dado; como ya ves, y lo confieso sin rubor, al presente soy pobre, y no estoy en estado de probarte mi reconocimiento; pero tengo un pariente de quien espero una noble y buena herencia, y entonces yo me acordaré de tí. Si alguna vez Enrique de Trastámara llega á ser rey de Castilla, vete al palacio de Madrid y pregunta por Enrique el Cazador, quedarás contento.

Pasáronse tres años de esta visita. Enrique de Trastámara, auxiliado del Principe Negro y del rey de Navarra, penetró en Castilla, llegó á los campos de Montiel, donde se verificó la trágica lucha con su hermano, y subió al trono de Castilla; usurpacion que legitimó la victoria, y que como todos los hechos consumados fué reconocida por el mundo.

Rodriguez habia olvidado ya completamente á su huésped, cuando un día germinó en su cabeza la semilla de la ambicion, que existe en las cabezas de todos los hijos de Adán. Quiso ser corregidor de Jadraque, y solicitó los votos del obispo de Sigüenza y de los nobles señores de aquella comarca. Desgraciadamente para sus proyectos no pensaron estos en concederle la vara de justicia que solicitaba. Este revés le hizo traer á la memoria al oficial del rey Trastámara, que ya entonces ocupaba tranquilamente el trono de Castilla. Supuso Rodriguez que necesariamente su huésped debia ser alguna cosa, que deberia vivir en el palacio, y que tal vez podría ayudarle á vengarse de los que le habian desairado.

Metió, pues, unos cuantos escudos en un cinto de cuero; calzóse sus botas de gamuza, y se vino á Madrid. Embarazado encontróse para hallar á su hombre, pero á fuerza de dar vueltas alrededor del palacio, y de preguntar á todas las guardias por Enrique el Cazador, concluyó por encontrar un anciano que le escuchó con atencion, y le aconsejó que aguardase. Efectivamente, poco tiempo despues un page con una ropilla de seda azul sobre la que habia un riquísimo encaje de punto de Venecia, quitándose maliciosamente su gorra con plumas blancas, vino á buscar al aldeano, y le hizo atravesar las suntuosas salas del palacio de Madrid lleno de damas, de caballeros y de antiguos capitanes castellanos: condujole á la puerta de un gabinete, y se retiró, recomendándole el silencio. Hallábase Rodriguez confundido; todo aquel lujo real, todos los esplendores de aquellas habitaciones suntuosas que acababa de atravesar giraban en su imaginacion desvanecida, y preguntábase seriamente si soñaba, cuando vió entrar al que buscaba.

Hallábase bastante mudado, y aunque sencillamente puesto, tenia un aire de autoridad imponente, que hubiera confundido y turbado á Rodriguez, si al tranquilizarle no le hubiese alargado la mano sonriendo. Esta señal de amistad dióle ánimo y valor; púsose su sombrero en la cabeza, y felicitó á su amigo sobre el cambio feliz de su fortuna.

—¡Ah! estoy mejor alojado que tú, le respondió.

—Sí, seguramente; no hay aqui cuarto alguno que no valga todo el pueblo de Jadraque.

—Y bien; aun no has visto nada, Rodriguez. Mira desde aqui el Manzanares, los bosques del Pardo...

—Sí, como los montes de Jadraque.

—¿Ves este palacio, estas cuatro torres donde se guarda el tesoro real; ves toda esa multitud de casas que no puede abrazar tu vista? Esto bien vale los campos, las viñas y los olivares que me enseñaste antes de tu marcha. Todo esto es del gaban agujereado, todo esto es mio, Rodriguez.

Entonces no existia el palacio de Madrid, tal como hoy lo vemos. Habia sobre el mismo sitio en que hoy se halla edificado, un suntuoso edificio en forma de castillo flanqueado por cuatro torres.

—¿Quién sois, pues, gran Dios? exclamó Rodriguez.

—Enrique II, rey de Castilla.

Rodriguez cayó de rodillas, sin proferir una palabra, y aun cuando hubiese podido proferirla, se le hubiese oido tartamudear las mas incoherentes excusas; creíase culpable de lesa magestad, por haber tratado tan familiarmente al rey.

Divirtiése algun tiempo con su embarazo Enrique II. Despues con acento firme le dijo:

—¡Vive Dios! Rodriguez, que te has hecho muy tímido desde que no nos hemos visto, y es porque yo soy rico tambien. Habla, ¡vive Dios! aun no me has dicho el motivo de tu viage. Levantóse lentamente Rodriguez, y apoyándose sobre su palo, esplicó no sin vacilar porque habia dejado su pueblo de Jadraque.

—¡Ah! ¿Con qué el obispo y los capitulares de Sigüenza no quieren que tu seas el corregidor? Aguarda, aguarda.

Tomó Enrique II una pluma, y trazó rápidamente unas líneas que dirigió al prelado de Sigüenza. Despues mirando á Rodriguez le dijo: mientras yo esté aqui pide lo que quieras, amigo mio.

—Sí, respondió Rodriguez, enteramente traquizado; guardad las gracias para los que tienen necesidad de ellas para amaros.

—¡Bien dicho! ¡vive Dios! pero pocos hay en el palacio de Madrid que piensen así. ¿Quiéres ser noble?

—No, señor.

—¿Quiéres el señorío de Jadraque?

—No señor.

—¡Diablo con tus negativas! Es preciso que aceptes alguna cosa.

—¡Bien! pues que quereis favorecerme á toda costa, voy á haceros tres peticiones.

—Te las otorgo desde luego.

—Primera, otorgadme el permiso de vendimiar cuando me parezca bien.

—Si todos mis cortesanos fuesen como tú, no me arruinarían ¡pardiez! y no me tendria que llamar la historia *Enrique el de las Mercedes*. Adelante.

—Señor, dijo Rodriguez, escribid debajo de ese papel que cuando los venados y jabalíes vengán á comerse la yerba de Rodriguez, tendrá derecho de tirarles, sin que le puedan ahorcar, ni el obispo ni el rey.

Escribió Enrique II sonriendo.

—Y en tercer lugar, añadid, firmándolo, que me habeis llamado *vuestro amigo*. Mas orgulloso estará con este titulo



que con la nobleza y el señorío de Jadraque, y con todo lo que me habeis enseñado desde ese balcon.

—¡Vive Dios! exclamó el rey conmovido hasta saltársele las lágrimas; Rodriguez, eres el único hombre que he encontrado en este palacio. Adios, *amigo mio*, porque verdaderamente lo eres de hecho y de corazon, adios. ¡Algún día nos volveremos á ver!

Rodriguez tomó la mano de Enrique II, que alargándose la la apretó cordialmente. Despues pasándose la mano por los ojos y desabotonándose tres botones de su ropilla, tanto le habia hecho ensanchar el pecho la satisfaccion, atravesó por los salones de palacio tan resuelto y altivo como si fuera su casa, y volvióse á Jadraque.

Al pasar por Sigüenza habia entregado la carta de Enrique II. Tres días despues, toda aquella comarca hallábase conmovida por una desusada y solemne cabalgata, en

que el obispo mismo, señor de Sigüenza, á la cabeza de los principales nobles de la comarca, iba al son de trompetas y atabales, á buscar á Rodriguez para entregarle la vara y la jurisdiccion de Jadraque.

Enrique II habia cumplido su palabra. Al año siguiente Enrique el *Cazador*, vino á visitar á su *amigo* con escasa comitiva, pero acompañando á la reina que deseaba conocer aquellos sitios, donde habia pasado una noche y conocido á Rodriguez el conde de Trastámara. Pasaron dos días en una cacería que fué mas abundante sin duda, porque Rodriguez no mataba ya los venados, porque no todos los días habian de venir á pedirle fuego, vestidos, cena y cama pretendientes á la corona de Castilla!....

EL CONDE DE FABRAQUER.

## LA CUESTION DE ORIENTE.

### VII.

Disolucion de la conferencia de Viena.—Estado del ejército de los aliados.—Incomodidades del campamento.—*El Centipedo*.—Disposiciones de la Rusia.—Nombramiento de regente del imperio preventivo.—Estado de la guerra en Asia.—Espedicion del Mar de Azoff.—Incendio del Museo de Kertch.—Inscripcion escrita con lapiz en su puerta.—Ocupacion de la orilla del Tschernaia.—Toma del Malecon Verde.—Horrible mortandad.—La torre de Malakoff.—Ataque.—Son rechazados los franceses é ingleses.—Pérdidas considerables.—Mala impresion en Londres y Paris.—El cólera.—Muerte de lord Raglan.

La paz es imposible. Los que esperaban ver reanudadas las suspendidas conferencias de Viena, han visto disiparse su última ilusion. La conferencia de Viena dejó de existir... De comun acuerdo de la Francia, la Gran Bretaña y el Austria se ha disuelto el congreso el 4 de junio. La diplomacia calla; el cañon solo va á decidir ahora las dificultades, para cuya solucion han creído deber declararse impotentes los diplomáticos. El Austria no entiende de ningun modo seguir á las potencias occidentales en la guerra.

Las potencias occidentales, hártos comprometidas para suscitar nuevas eventualidades, han tomado el partido de conformarse con la neutralidad de Austria, renunciando á ejercer ninguna presion para determinarla á salir de ella.

Mientras en Paris la Europa entera acude al palacio de la industria á examinar con ávida curiosidad esos productos del genio del hombre, enviados de todos los puntos del globo, haciendo ver la influencia omnipotente que ejercen las maravillas de la industria, de las bellas artes, los ecos de los moribundos, la noticia de terribles y gigantescos combates en que iba á correr abundantemente su sangre, vendrán á acibarar sus alegrías.

El nuevo general del ejército de Crimea, Pelissier, desplega la mayor actividad y trata de tomar en todas partes la ofensiva, estrechando á los rusos en un círculo de operaciones atrevidas y brillantes. El efectivo del ejército de la Crimea se componia de 115,000 hombres de infantería, caballería y artillería con la llegada del cuerpo de reserva que habia venido de Constantinopla. El ejército inglés con

los refuerzos sucesivos que ha ido recibiendo, se elevaba á un total de 33,000 hombres, á los que unidos los 13,000 piamonteses al mando del general La Marmora, ponian á las órdenes del general inglés lord Raglan, una fuerza de cincuenta mil hombres. Agregando á estas fuerzas europeas 33,000 hombres del ejército otomano, las fuerzas destinadas á obrar delante de Sebastopol, suben á 200,000 hombres. Con tan numeroso ejército, con tantos recursos, el general Pelissier, traza el plan de una campaña corta, pero enérgica. Dirige al emperador una comunicacion notable por su concision y vigor enteramente romano:

«Señor, le decia cuando están bajo los muros de Sebastopol, los soldados carecen de aire, los caballos no tienen yerba, no se encuentra en los cementerios, marchamos á buscarla.»

En efecto, lamentable era la suerte de los soldados en el campamento, en que á los trabajos y fatigas del sitio habia que añadir los calores de un sol abrasador, y los pestilenciales miasmas del cólera, ese terrible azote que lentamente va minando el ejército, y que apenas desembarcaba la division piamontesa se ceba en ella, arrebatando entre otras victimas al general Alfonso La Marmora, hermano del general en jefe sardo. En las trincheras la atmósfera era insoportable. Ni una gota de agua del cielo para llenar los pozos y los arroyos durante los meses del calor. En vano se ha intentado perforar la tierra para hacer pozos artesianos. Se ha horadado la roca á mas de cien pies de profundidad sin hallar agua. Era esencial proveer al ejército de este precioso é indispensable elemento de existencia. La posesion de la Tschernaia era indispensable á fin de procurarse agua. A las grandes incomodidades del campamento hay que añadir las molestias de millares de reptiles, siendo el mas notable de ellos el *centipedo*. En un grupo de soldados sentados alrededor de una frugal comida, muchas veces de pronto se oye un grito, se levanta un hombre con el terror pintado en el rostro, y enseña con el dedo un insecto negro, todo lleno de pies y de patas, de seis pulgadas de largo, su-



biendo rápidamente por las paredes de la tienda ó de la choza. Al oír este grito: ¡un centipedo! todo el mundo se levanta aterrado. Entonces los mas atrevidos persiguen con palos y cuchillos al venenoso insecto hasta hacerlo pedazos. Las picaduras de este animal son estremadamente peligrosas, y producen la mas intensa inflamacion y calentura.

Entre tanto la Rusia redobla sus preparativos, aumenta sus esfuerzos. Aun cuando perdiese la Crimea proseguirá constante en la lucha.

Si despues de la toma de Sebastopol, lo que aun está por ver, se hiciesen proposiciones de paz, que no fuesen dignas de la Rusia, responderia lo que el general Koutousoff decia al general Lauriston, despues de la toma de Moscou, cuando el general francés quiso entablar negociaciones: «Queréis chancearos, general, desde hoy solamente es cuando comienza para nosotros la guerra.»

No solo en la parte militar se prepara la Rusia para continuar la guerra, sino que Alejandro II, reconociendo que la vida del hombre está en las manos de Dios, en un manifesto del 21 de mayo nombra para en el caso de su fallecimiento regente del imperio, durante la menor edad de sus hijos herederos del trono, á su hermano el gran duque Constantino Nicolawitch.

La guerra iba á concentrarse en la Crimea, porque en la frontera de Asia, ni los turcos ni los rusos están en estado de tomar una vigorosa ofensiva.

Despues de los combates terribles de las noches del 22 y 23 de mayo, de que hemos hablado en nuestro artículo anterior. Pelissier se propuso llevar de frente á la vez tres importantes operaciones: la expedicion del mar de Azoff, la ocupacion de Tschernaia, y la toma de la torre Malakoff.

El dia 22 de mayo, quince mil hombres se embarcan á las órdenes del almirante Lions, para verificar la expedicion de Kertch, que anteriormente habia mandado suspender el general Canrobert, despues de emprendida y en el momento en que iba á verificarse. A la aproximacion de la escuadra los rusos abandonan sucesivamente á Kertch á Yene-Kale y los diferentes puertos del mar de Azoff, sin hacer la menor resistencia, sea que no hubiesen previsto este ataque, ó que su determinacion forme parte de un plan general, lo cierto es, que no han defendido las poblaciones, han abandonado todos los puntos de defensa del estrecho dejando penetrar los buques aliados en el mar de Azoff. Han penetrado hasta la embocadura del Don, hasta Taganrog, la ciudad donde murió misteriosamente el emperador Alejandro I. No ha habido desembarcos resistidos, ni posiciones defendidas ó ocupadas, no ha habido mas que estragos, almacenes bombardeados, centenares de navios mercantes quemados y echados á pique! Los rusos mismos lo han destruido todo al aproximarse los aliados, al cederles sin resistencia todos los puntos hasta la última fortaleza rusa en aquel mar. El corazon se comprime á la relacion de estas fatales necesidades de la guerra. Concíbese que se apoderen de los almacenes que abastecen al enemigo, lo que no puede servir para alimentar á los unos, alimenta á los otros; pero cuando se piensa en la asombrosa suma á que se elevan las cantidades de cereales destruidos en algunos dias, se vuelve el pensamiento á las necesidades de otras poblaciones. ¡Cuánto se desea entonces el fin de la lucha!

A pérdida tan considerable hay que añadir la irre-

parable de objetos preciosos para las ciencias y para las artes. Lo que los rusos ó por falta de tiempo ó por compasion perdonaron, lo han destruido los aliados de que forman parte los bárbaros descendientes de Omar, el destructor de la célebre Biblioteca de Alejandria. Al penetrar en Kertch, aunque la escasa poblacion que habia quedado habia salido á recibir á los expedicionarios con el pan y la sal, en señal de sumision, los turcos, escitados por los tártaros que los acogen como sus libertadores y hermanos, apenas sale el grueso de las tropas francesas para continuar adelante, unidos con algunos rezagados franceses se entregan al pillage, á la violacion y al asesinato. De todos los escesos de este género, el mas lamentable fué el incendio y destruccion del museo de Kertch. El gobierno ruso habia reunido en él todas las antigüedades tan numerosas y tan interesantes de la Tauride célebre desde Thoas, é Ifigenia hasta Mithridates, el último de sus reyes! Allí, desde el pórtico se ve un acinamiento de cuadros hechos pedazos, de estatuas mutiladas, urnas funerales rotas. Todo fué derribado, destruido, hecho pedazos. ¡Nada habia sido respetado, lo que el martillo no ha podido reducir á polvo lo ha consumido el fuego!... Un huracan que hubiera pasado, no hubiera dejado en pos de sí tantos estragos, como el paso de las tropas de dos pueblos que se jactan hoy de marchar á la cabeza de la civilizaci6n!... Un ruso, un francés, tal vez indignado, escribió sobre una de las medio quemadas puertas del Museo, estas líneas:

«Al entrar en este templo donde descansan los recuerdos de los siglos pasados, he reconocido las huellas de una invasi6n de vándalos. ¡Ay! Francés ó inglés, haz la guerra á la posteridad; pero no se la hagas á la historia. ¡Si pretendéis ser naciones civilizadas, no hagais la guerra de barbaros!»

Esta expedicion ha realizado el objeto del nuevo general en jefe Pelissier, privando al ejército de Sebastopol de sus provisiones por el mar de Azoff, no dejándole otro punto de comunicacion con el interior que el istmo de Perekok.

Al mismo tiempo que la expedicion á Kertch, hizo emprender el general Pelissier, el 23 de mayo, un movimiento sobre el Tschernaia á una divisi6n francesa á las órdenes del antiguo general en jefe Canrobert, apoyada por el contingente sardo á las órdenes del general La Marmora, por las tropas otomanas, dirigidas por Omer-Bajá en persona y algunos regimientos de caballeria inglesa á las órdenes del coronel Parlbí. Los aliados ocuparon la orilla izquierda de Tschernaia, que evacuaron los rusos; pero habiendo intentado una excursion sobre la orilla izquierda un cuerpo francés, tuvo que replegarse con pérdida considerable de la caballeria inglesa, volviendo á tomar posicion sobre la ribera izquierda con el grueso del cuerpo de operaciones. Operacion importante es la ocupacion de esta orilla del Tschernaia, porque sin ella estaban como sitiados los aliados á su vez por los rusos, vacilando cada uno de los dos partidos en atacarse en sus posiciones. El grueso del ejército ruso, despues de dejar guarnecida su línea se ha retirado por las montañas, sobre Sinferopol, pequeña capital de la peninsula de la Crimea, para guarecerse en las poblaciones del rigor del calor y las enfermedades. Los valles de la Crimea son deliciosos, disfrutase en ellos el clima de la Anatolia y del Asia Menor. Durante el mando del principe Menchikoff, su cuartel general se hallaba si-



tuado ordinariamente en Sinferopol, a dos etapas de Sebastopol.

El 6 de junio, al medio día, con un calor sofocante se comenzó de nuevo el bombardeo contra la plaza. Al día siguiente 7, el general Pelissier, formando dos columnas de ataque se dirige contra el *Malecon Verde* y los reductos de la Carena. El *Malecon Verde* es la altura fortificada de que hemos hablado a nuestros lectores anteriormente, que se levanta delante de la torre de Malakoff y alrededor de la que se han dado tantos combates en el mes de abril.

Este malecon domina a la torre de Malakoff, objeto reiterado de los ataques de los sitiadores. Los reductos de la Carena están situados un poco mas a la derecha, al punto extremo del ataque, y dominan el fondo del puerto de Sebastopol.

A la caída de la tarde, el general Pelissier y lord Raglan se presentaron. Todas las tropas se hallaban formadas en masa. Todas las órdenes del general en jefe fueron recibidas, transmitidas, esplicadas. Aguardábase en silencio lo demas. Palpitaban inquietos todos los corazones. De pronto silban en el aire una porción de cohetes, brillan sus fuegos por encima de la cabeza de las tropas. Eran las seis de la tarde. El grito de ¡adelante! se oye en aquel momento. Las columnas, con un ímpetu irresistible, se lanzan sobre las posiciones rusas, sin que las contenga la horrible metralla que vomitan sus baterías. El general Labarande dirige la columna, sube al malecon, planta en él la bandera francesa, pero una bala de cañon derriba el estandarte imperial y la cabeza del intrépido general. ¡Ocho veces fué tomado y reconquistado el Malecon Verde! Era un verdadero curso de gimnástica, pero al fin, a las siete y cuarto quedó definitivamente por las tropas aliadas, apoderándose de setenta y seis cañones, algunos estaban clavados, y haciendo quinientos prisioneros. Una hora duró esta batalla, una de las mas sangrientas que ha presenciado la Crimea!

Las pérdidas han sido considerables de una y otra parte: cuatro mil hombres quedaron en el campo solamente por parte de los franceses, entre ellos un general y dos coroneles, quinientos hombres perecieron de los ingleses, que no habian contribuido con tanta fuerza a la accion de este día. Los rusos tuvieron tres mil hombres ¡Terrible fué el momento de reposo y tranquilidad despues de esta horrible accion! Apenas el sol disipó las pavorosas tinieblas de aquella horrorosa noche, al buscar, al preguntar por alguno, solo se oia esta aterradora respuesta: ¡Muerto! ¡muerto!... Ha habido regimiento que ha sufrido pérdidas considerables. El cincuenta de línea vió caer a su coronel, a todos sus geíes superiores y capitanes, teniendo que tomar el mando del regimiento el sexto capitán.

Fortificados los franceses en el Malecon Verde, los rusos no intentaron nada entre el malecon y la torre, estableciendo baterías nuevas al lado de la rada, colocando cuatro navios de línea de modo que barriesen todo el terreno a derecha e izquierda de Malakoff. Esta fortaleza, ó mas bien este vasto sistema de fortificaciones está tan poderosamente establecida, que a pesar de su aislamiento, y aun sin la artillería de los buques para defenderla, sería siempre una conquista difícil. Todos los días se hacen en ella enormes trabajos, estando decididos los rusos a defenderla hasta el último momento comprendiendo que es la llave de Sebastopol, al menos por la parte del Sur. Desde Vauban

no se ha visto una ciudad mejor protegida que lo está hoy Sebastopol por el joven é improvisado ingeniero Talleben.

El objeto de los franceses entusiasmados con su victoria del 7, aunque comprada con tanta sangre, era la toma de la torre de Malakoff. Los calores eran enormes, subiendo a treinta y treinta y cinco grados, y el campo de batalla del *Malecon Verde* exhalaba horribles emanaciones. Todo aquel foso lleno de cadáveres, es un foco de infeccion indecible. El cólera cada día hacia nuevas víctimas y se aprestaba a arrebatar las cabezas mas distinguidas del ejército.

Despues de un terrible bombardeo de veinte y cuatro horas, el día 18 de junio el ejército francés intenta al anochechar el ataque de la torre de Malakoff, y las tropas inglesas el fuerte de Redan simultáneamente. En vano llegan en su ardor algunos a penetrar en la torre, son rechazados, horriblemente destrozados por el fuego de los navios de la rada, y tienen que retirarse dejando setecientos prisioneros, y en el campo, fuera de combate, tres mil seiscientos franceses y dos mil de los ingleses.

¡Un general romano no hubiese dado la batalla en esa día. El día 18 de junio era el aniversario de la batalla de Waterloo en que cayó herida mortalmente el águila imperial!!!

Grande fué la consternacion en el campo francés, grande la ansiedad que se difundió por la Europa, que aguarda hace muchos días detalles de esta desastrosa accion. Las comunicaciones telegráficas en Balacklava, han quedado interrumpidas!!!

El senado y el cuerpo legislativo en Francia, han sido convocados repentinamente el 2 de julio para discutir un nuevo empréstito, y adoptar las medidas que requiera la situacion de los ejércitos. Las bolsas de París y de Londres han tenido una considerable baja, y la ansiedad de las familias de ambas naciones crece y se aumenta con la falta de noticias, con la certeza de tan horrible matanza.—Algunos echan de menos el antiguo sistema de Canrobert, sistema de contemporizacion, y de no esponer las masas como lo ha hecho Pelissier en las acciones del 7 y del 18. El general Pelissier ha apelado de nuevo a los ingenieros, y se han comenzado activamente nuevos trabajos contra la torre de Malakoff, contra ese gigante avanzado que tan gloriosamente lucha por Sebastopol!!!

El mariscal Saint-Arnaud, herido por el cólera, murió con el sentimiento de no poder entrar en los muros de Sebastopol, el mariscal lord Raglan, herido tambien del cólera, muere con igual sentimiento, afligido con el espectáculo de las desgracias de su brillante ejército, que casi habia visto renovarse del todo despues de su llegada a esas regiones, tan costosas a los occidentales.

Los dos mariscales francés é inglés, que inauguraron la campaña de Crimea, han desaparecido de la escena del mundo antes de terminar su mision.

Los generales ingleses J. Brown, Pennejaem y Codrington se hallaban atacados del cólera!!!!!!

La escuadra inglesa y francesa, que se hallaba en el Báltico, despues de no haber emprendido operacion ninguna contra aquellos puertos, se dirige al mar Negro.

EL CONDE DE FABRAQUER.



## ESTUDIOS RECREATIVOS.

AL AMANEGER.

## MARIQUITA LA FLORERA.

A la caída del emperador Napoleón I, y al verificarse en Francia con el auxilio de los ejércitos extranjeros, la restauración de los Borbones, el partido dominante se abandonó, como sucede siempre en las convulsiones políticas, á una completa reaccion. Cuantos habian pertenecido á las altas categorías de la República y del Imperio, fueron molestados y perseguidos, teniendo que ir á buscar su reposo y seguridad en un suelo extranjero. El genio y el talento no se eximieron de esta ley comun de todos los partidos políticos. El gran David, el célebre pintor de las *Sabinas*, de *Bruto*, del *Juramento del juego de pelota* el autor del gran cuadro de la *Consagración del emperador Napoleon* que le habia nombrado baron del Imperio, á pesar de haber sido uno de los mas exaltados convencionales en 1795, uvo que huir desterrado y buscar asilo en Bélgica, esa patria de tantos y tan celebres pintores. Allí pasaba su vida en silencio, casi sin salir de casa, recibiendo de vez en cuando alguna visita de algun amigo, que venia á verle desde París. Entonces el anciano pintor se sentia rejuvenecido, y sus ojos apagados con la tristeza de los pesares políticos brillaban un momento con un rayo de felicidad y alegría. El célebre Talma, ese grande actor, amigo tambien del emperador Napoleon, que concedia su aprecio y amistad á todos los hombres eminentes de cualquier género, habia hecho una excursion á Bruselas para dar algunas representaciones en aquel teatro. David, quebrantando el retiro que voluntariamente se habia impuesto, fué una noche á admirar a su antiguo amigo Talma en la representacion de la tragedia de Leonidas. El célebre pintor habia immortalizado en uno de sus mas magnificos cuadros la accion del héroe espartano, que el gran Talma reproducia á lo vivo sobre la escena con su poderosa voz, con su imponente accion. Al presentarse en el teatro el célebre pintor, baron del imperio, tímido y modesto, y que creia que se ignoraba casi su estancia en Bruselas, apenas fué reconocido cuando todos los espectadores se levantaron respetuosamente y desde el patio hasta la tertulia resonó un aplauso en honor del ilustre desterrado. David se hallaba encantado en la tragedia, olvidaba que veia, que oia á su amigo Talma. Hallábase en las Termópilas al lado de Leonidas mismo, dispuesto á morir con él y sus trescientos valientes!!...

Al salir del teatro, la multitud se agolpaba para ver al artista francés que aceleraba su paso para evitar este nuevo triunfo. Era el mas bello dia de su destierro, porque á la mañana siguiente aguardaba tambien la llegada de un antiguo amigo y discípulo suyo, Girodet. Un inglés le detuvo al salir por la puerta del teatro y con ademan suplicante con un lapiz y una cartera abierta en la mano:

—Señor David, le dijo el jóven inglés con un acento gutural muy pronunciado, por favor, tened la bondad de hacerme un rasgo, una sola raya sobre este papel.

—¡Una raya! replicó con sonrisa el pintor, no comprendiendo claramente el deseo del inglés aficionado á autógrafos. Tanto valdrá hacer dos, y tomó el lapiz y trazó dos líneas paralelas que no tenian toda la perfeccion geométrica que hubiera sido de desear. Dióle mil gracias el inglés y se metió despues lleno de alegría entre la multitud.

David, satisfecho con su improvisada ovacion, fuese á dormir á su casa, pero no pudo conciliar el sueño, deseando que amaneciese para ir á esperar á su amigo Girodet á la puerta de Flandes. Levantóse muy temprano y preparóse á salir de casa, no haciendo caso de las observaciones que le hacia su ama de gobierno maravillada de verle salir tan temprano, cuando se le pasaban semanas y aun meses enteros sin poner los pies en la calle.

El anciano convencional resistió las observaciones de su criada, cogió el baston y salió á la calle. ¡Iba á volver á ver á un amigo!... Con el afán de verle pronto habia salido dos horas antes de la llegada de la diligencia. No conoció su falta de cálculo, sino cuando se vió precisado á pasearse muchísimo tiempo arriba y abajo por las calles inmediatas á la puerta de Flandes. Con la prisa habia olvidado su fiel compañera de taller y de destierro, la pipa. Continuó su paseo solitario sin que le distrajesen mas que el encuentro de algunos obreros que iban á su trabajo y algunas verduleras y mugeres que con comestibles venian al mercado de los pueblos inmediatos. Cuando uno está solo, pasea sin objeto, y sobre todo cuando aguarda, procura matar el tiempo con cualquier cosa. Nuestro paseante tuvo la feliz casualidad de encontrar en su paseo un pintor subido sobre una escalera que estaba pintando una muestra, pero con tanto aplomo y seguridad como podria el mismo David pintar su célebre cuadro de la *Distribucion de las águilas imperiales*.

Dos veces pasó el pintor de Napoleon por delante del embadornador y mirando furtivamente su trabajo, admirando la intrepidez de aquel buen hombre que emplataba de ultramar puro el fondo de un pais, para hacer un cielo. Debajo de la muestra casi concluida habia escrito en letras gordas: *al amanecer*, precaucion tan indispensable para indicar el proyecto del pintor como el letrero de *Cerveza flamenca y holandesa*, añadido al primero, para dar á conocer lo que vendia el propietario de aquella obra maestra.

—He ahí, dijo interiormente el artista francés, un buen hombre que entiende de perspectiva tanto como un mulo, y apuesto á quo se cree con tanto talento como Rubens! Pinta sobre la madera como si diese lustre á un par de botas y está tan satisfecho....

A la tercera vez que volvió á pasar delante de la escalera, ya no pudo contenerse, habia el pintor de brocha gorda cubierto la primera capa de pintura con otra mas fuerte. Esclamó continuando su paseo y sin mirar al embadornador:

—¡Eso es demasiado azul!

—¿Cómo? ¿qué es eso? contestó desde lo alto de la escalera el pintor de muestras.

David no le oyó, porque ya habia pasado. Volvió á pasar aun dos veces mas por delante de la muestra y



siempre repetía: ¡caramba! ¡eso es ya demasiado azul!

La primera vez miróle con desprecio el pintor holandés; pero a la segunda, cargado ya con tanta repetición.

—¿No veis, señor, que estoy pintando un cielo? dijo con el aparente tono de moderación de un hombre que comienza a enfadarse y que quiere disimular su cólera.

Esta vez bajóse el artista de su escalera, colocóse á cierta distancia en frente, poniendo la mano sobre las cejas para recoger la luz, y ver el efecto de su pintura.... Estasiábase en su obra, y la exclamación del paseante había venido á turbar su satisfacción.

—Ya sé yo que habeis querido hacer un cielo, pero os digo que habeis puesto demasiado azul.

—¿Ha visto acaso, el señor aficionado, pintar cielos sin azul?

—¡Hombre! yo no soy enteramente un aficionado, solo os digo al pasar y para vuestro gobierno, que hay demasiado azul y nada mas. Haced lo que querais, y si creéis que no hay bastante, poned mas aun.

—Pero sois particular, me estoy matando en decirlos que es un cielo, un cielo puro sin nubes, que debe representar el amanecer.

—¡Caramba! ¡razón de mas! Un cielo de carbon de tierra.... os chanceáis con haber puesto azul... preciso es que hayais perdido la cabeza.

—¡Por San Pablo! que esto es ya demasiado, exclamó desesperado el pintor de brocha gorda. Sois un viejo terco, ignorante en pintura. Quisiera yo veros pintar un cielo sin azul.

—Yo no digo que sea muy fuerte en pintar cielos, pero si me pusiese á ello.... no usaría azul.

—¡De veras! ¡bonito estaría!

—Al menos tendría aire de alguna cosa.

—Con que es decir que mi cuadro no tiene aire de nada.

—No, á fe mía, se parece á un biombo de posada, á un pedazo de papel pintado, á un plato de espinacas, á todo lo que se quiera.

—¡Un biombo! ¡un plato de espinacas! exclamó fuera de si el artista holandés, ¿tendríais la pretensión de saber mas que yo en mi arte?.... Arte que honrosamente he ejercido en Amberes, en Lovaina y en Gante. ¡Un plato de espinacas!.... Acentóse hasta tal punto el furor del pintor insultado que cogió al crítico de un brazo y sacudiéndole con violencia le dijo:

—¿Sabes tú, viejo maldiciente, que tengo hace mucho tiempo, bien sentada mi reputación? ¿Qué tengo pintados un caballo rojo en Malinas, un ciervo en Namur y un Carlo-Magno en Aquisgran, delante del que se detiene asombrado todo el mundo!

—¡Ira de Dios!.... ¡mamarrachista! replicó exasperado David arrancando la paleta de las manos del pintor de brocha gorda... Trae acá eso, merecerías que te pusiese en medio de la muestra con tu cabeza de imbécil y orejas de burro! y arrastrado por su indignación se había subido ya sobre la escalera, borrando con la palma de la mano toda la obra maestra del holandés, que se había quedado sin moverse, estupefacto, estático.

—¡Detente.... detente.... ¡viejo loco, viejo miserable, exclamó el desgraciado brocha gorda, pálido de terror! ¡Una soberbia muestra! ¡Un cuadro de treinta y cinco francos! ¡estoy perdido!.... ¡arruinado!.... Y al mismo tiempo

sacudía fuertemente la escalera para hacer bajar de ella al bárbaro sacrificador. Este sin asustarse, ni de los gritos de su víctima, ni de la presencia de los vecinos que habían acudido á las voces, continuaba en borrar desapiadadamente el amanecer, mezclando el cielo y la tierra, y el sol y los árboles, al menos lo que estaba destinado á representar estas cosas; y despues no menos pronto en reedificar que en destruir, sin emplear mas que el dedo, y el mango de un pincel, el nuevo artista al aire libre, bosquejó en algunos minutos un cielo al salir la aurora y un grupo de tres bebedores de cerveza, que celebraban la venida del día con el vaso en la mano, y entre los que figuraba la caricatura del pintor de muestras, fácil de conocer por sus espesas cejas y largas narices.

La concurrencia, inquieta y tumultuosa al pronto, y dispuesta mas bien á tomar parte en favor de su compatriota que por el extranjero, detúvose al pie de la escalera y no pudo contener un murmullo de aprobación cuando comenzó á ver aparecer tan pronto las figuras en el cuadro. El dueño de la casa salió de su tienda á ver cuál era la causa del tumulto que había á su puerta. Fué el primero en aplaudir y en suponer que el nuevo artista al aire libre era un pintor de primera calidad. El mamarrachista vió repentinamente calmarse su furor.

—¡Oh! exclamó, sois del oficio, confesadlo, buen hombre, que sois del oficio... Si, si, es un compañero que ha querido jugar me esta burla, dijo riendo á algunos vecinos que le rodeaban. Es un pintor de muestras, francés ú holandés, pero soy franco, confieso que tiene chispa, y le reconozco por mi maestro.

El autor del *Juramento de los Horacios*, pasado el primer instante de fiebre, iba á bajar de su escalera entre los aplausos de los espectadores cuando se apareció uno nuevo montado sobre un hermoso caballo inglés, y que reconociendo al grande artista sobre el singular pedestal donde se hallaba encaramado, se metió en medio de la multitud á riesgo de atropellar con el caballo á algun flamenco.

—Esa pintura es mía, gritó con un acento que pareció singular á la gente de Bruselas, la tomo, la compro, la cubriré de monedas de oro, si es preciso.

—¿Cómo es eso? dijo el pintor flamenco.

—¿Qué quereis decir? preguntó el cervecero holandés.

—Digo, que doy por esta muestra el precio que se quiere, replicó el extranjero que ligeramente se había bajado del caballo, y á quien David reconoció entonces por el joven inglés, que la víspera al salir del teatro con tantas instancias le había pedido que trazase una raya sobre su cartera.

—Este cuadro no se vende, caballero, dijo el pintor de brocha gorda con un orgullo paternal, y cual si fuera una obra suya.

—No, dijo el cervecero, porque está vendido, y pagado adelantado ademas. Podemos entendernos, si el señor quiere hacer conmigo el negocio.

—Nada de eso, dijo el brocha gorda separando á la gente, esa muestra me pertenece: el compañero ha querido hacerme el favor de darme una pincelada de amigo, pero la muestra es legalmente propiedad mia, y soy libre de venderla á quien me dé la gana.

—¡Eso es un robo! ¡una estafa! exclamó el dueño de la casa. Mi amanecer es propiedad mia, está clavado en mi pared, y solo yo tengo derecho de disponer de el, si me conviene.